

mantienen un galenismo cerrado, en torno a los temas de la circulación de la sangre del uso habitual de la sangría y del empleo de la terapéutica iatroquímica.

Pero al iniciarse la dinastía borbónica en España, tras la guerra de sucesión, el proceso de incorporación a Europa parece hacerse irreversible, más que por la apertura y modernización de los planes de estudio, por la presencia en el país de numerosos médicos extranjeros, especialmente franceses. Durante el reinado de Felipe V persisten todavía focos de fidelidad a la tradición galénica, y mantiene sus rescoldos la disputa entre los dogmáticos galenistas y los médicos innovadores. Como han señalado los autores antes mencionados, el protagonista de la disputa es ahora la iatromecánica, recibida en España a través de la obra de Boerhaave, más bien que la iatroquímica, que lo fue en el siglo anterior. Mediado el XVIII, otra vez la esperanza: lo que España pudo ser en el Renacimiento, a la cabeza de la medicina continental, se convierte ahora, más modestamente, en nuestra definitiva incorporación a esa medicina europea, siquiera tardía y éponimamente. Un Andrés Piquer, mecanicista en su juventud y ahora asistemático tras la lectura de van Swieten y reactualizador del pensamiento hipocrático; un Gaspar Casal, que desde Oviedo recibe el nuevo empirismo sydenhamiano y aplica el concepto moderno de especie morbosa a su clásica descripción del mal de la rosa, pueden ser ejemplos anticipados de esa nómina de médicos ya plenamente ilustrados, que al fin, y definitivamente, van a eludir el peso decisivo que la medicina tradicional había tenido. Luego, la invasión napoleónica, la guerra de la Independencia y otra vez el recelo frente a lo que la revolución francesa y los enciclopedistas suponen de peligro para la estabilidad de la corona, cierran de nuevo la posibilidad de que nuestra medicina sea plena y satisfactoriamente europea. Pero eso, como diría Kipling, constituye ya otra historia.

La influencia ilustrada, reflejada como vimos en la modernización de los planes de estudio de la medicina en manos de Mayáns y de Olavide, va a contar entre vosotros con la decisiva participación de una gran sabio, que también llegó de España para quedarse definitivamente en esta tierra que amó y por cuya incorporación a la ciencia europea tanto hizo: me estoy refiriendo, lo habéis adivinado, a la figura de José Celestino Mutis, el hombre que influyó de modo tan decisivo en el progreso de la medicina y que pese a ser médico, podría representar en Colombia a ese grupo tan característico de la medicina ilustrada española, constituido por los eruditos que en posesión de notable bagaje libresco, modernizaron la ciencia de curar de modo suficiente y actualizado: piénsese en Feijoo, Isla, Hervás y Panduro, etc. Recordemos de nuevo su participación en el plan de estudios médicos de 1801.

A España y a Colombia, a la América española entera, llegan ahora los libros recién impresos de Boerhaave, de Heister, de Haller, van Swieten, y poco después los de Stoll, Caldani y Gregory. Y llega también la nueva doctrina, que tanto predicamento alcanzará en Europa entera al concluir el siglo, ideada por Cullen y Brown en Escocia. Y como el plan Olavide menciona, se introduce asimismo la lectura de «buenos libros» de química y de botánica. Una nueva era, un aire renovador, se ha iniciado para nuestra medicina.

Todo esto: el idioma, la fe, algunas enfermedades y su prevención, la Universidad, la dramática medicina que intenta y no consigue ser europea; todo esto trajo España

a Colombia a lo largo de los tres siglos decisivos que en su conjunto denominamos la Modernidad. Al iniciarse el siglo XIX, una nueva época histórica va a comenzar; acabamos de verlo. Allá en España, vendrá preludiada por las guerras napoleónicas y se irá gestando dolorosamente a través de exilios, depuraciones y más y más sangre, hasta el reinado de Isabel II. Acá en Colombia, el cordón umbilical con la metrópolis se irá desgarrando. Despertada por nuestras guerras, la independencia se habrá iniciado en 1810. Simón Bolívar, tras la batalla de Boyacá, entra en Santa Fe el 7 de agosto de 1819. Vendrá luego la Gran Colombia soñada por el patriota de quien en estos días hemos celebrado la efemérides natal de su segundo centenario; luego, la República de la Nueva Granada de 1831, con el general Santander al frente. Pero esto ya no es historia de España: a vosotros os corresponde su herencia, su gloria y su estudio.

Quisiera concluir mi intervención retomando mis palabras iniciales, que expresaban un tanto de perplejidad frente al tema desarrollado. Pobre y árido notario —escribano creo que llamáis por estos pagos al cargo—, he dado fe de lo que las naves españolas trajeron en su bagaje, en relación con la milenaria ciencia del arte de curar. Sé muy poco de lo que de esa pobre semilla fructificó aquí, y ese poco que sé os lo he expuesto a mi modo. Pero ahora surge mi reto: sois vosotros, historiadores de la medicina colombiana, los obligados a contarnos a nosotros, a los españoles, qué fue de aquella medicina, cómo influyeron los planes de estudios médicos en la formación de los profesionales, qué avatares sufrieron los títulos médicos ya en la Independencia —de España puedo deciros que todavía en 1862 perduraban treinta y cinco clases de facultativos—, por qué vías penetró la medicina europea entre vosotros. He venido hasta Bogotá para aprender y para conocer vuestra historia, vuestra ciencia, vuestra medicina, por supuesto.

Pero dejadme concluir con una confesión muy personal: por encima de conocimientos y aprendizajes científicos e intelectuales, el impulso primero surgido de mi corazón al aceptar agradecidamente vuestra invitación, ha sido, es, seguirá siendo hasta mi marcha, conocer y aprehender a personas. A personas muy concretas, que se llaman Rosselli, y Andrade, y Osorio, y Quevedo, y Mendoza, y Serpa; a tantas otras con las que vengo conviviendo en estos días y que, más allá de su saber, me ofrecen y reciben de mí el don de la amistad, ese don tan preciado, sin cuya existencia no merecería la pena vivir.

Por todo ello, por tantas cosas que conservaré de por vida en lo más íntimo de mi ser, permitidme acabar, amigos colombianos, con la misma palabra que un día cualquiera, hace casi quinientos años, debió resonar por vez primera, con los pudores de una virginidad que ya se perdía, en estas tierras, y en boca de hombres españoles que, como yo, no venían en plan de conquista, sino de efusión y entrega: gracias, de todo corazón gracias.

Agustín Albarracín Teulón



David Remfry: *Muchacha en una sombrería*